

Mariano Ben Plotkin,
Freud en las Pampas,
Buenos Aires, Sudamericana, 2003, 345 páginas

No requiere demasiado esfuerzo comprobar que el vocabulario del psicoanálisis se ha incorporado a la vida cotidiana de los argentinos: bastaría para ello prestar atención a los medios masivos de comunicación o a los diálogos que se entablan en cualquier mesa de café de Buenos Aires. Sin embargo, resulta llamativo el hecho de que, por lo general, sea a través de los comentarios de extranjeros que visitan nuestro país que advertimos esta integración del psicoanálisis en el quehacer de los argentinos. Y también puede resultar sorprendente, teniendo en cuenta que se trata de un fenómeno de profundo y vasto impacto en la cultura urbana de nuestro país, el cuantitativamente escaso número de estudios dedicados a la historia del psicoanálisis en nuestro país, al menos desde una perspectiva histórico-crítica: al estudio de Hugo Vezzetti publicado bajo el título *Freud en Buenos Aires*, en 1989, y que podemos considerar inaugural, le sucede un par de años después la “biografía colectiva del psicoanálisis argentino” de Jorge Balán (*Cuéntame tu vida*, Buenos Aires, Planeta, 1991).

No sería desacertado ubicar a *Freud en las Pampas* en la línea de estas producciones, junto al más reciente *Aventuras de Freud en el país de los argentinos* y una diversidad de artículos de diferentes autores

publicados en revistas o en libros colectivos. En efecto, Plotkin se propone, según se consigna en el subtítulo del volumen, indagar los orígenes y el desarrollo de una cultura psicoanalítica en nuestro país a lo largo de un período que se extiende entre 1910 y 1983.

Pero es necesario precisar más explícitamente uno de los fundamentales rasgos diferenciales de este escrito: ninguno de los estudios publicados hasta el momento se ha propuesto indagar una temática tan vasta en un período tan extenso. Concretar un objetivo de tal envergadura, en tanto conlleva la necesidad de explorar múltiples ámbitos de la producción cultural argentina de los últimos cien años, establecer ciertas hipótesis y matrices explicativas, rastrear, analizar y ordenar un vasto *corpus* bibliográfico, introduciéndose en algunas temáticas apenas esbozadas e inexploradas hasta ahora, merece desde ya un innegable reconocimiento.

Una obra de tal envergadura amerita sin duda una exposición más amplia que el espacio usualmente disponible para una reseña, por lo cual me limitaré aquí a presentar algunos temas y problemáticas que se abordan a lo largo del libro y a formular algunas observaciones y plantear algunas preguntas.

Pero antes me parece pertinente destacar la

importancia que adquiere el lector al cual está dirigido en tanto se trata de una obra escrita originalmente en idioma inglés y dirigida a un público académico-universitario norteamericano. Estimo que gran parte de sus particulares características (fuentes teóricas, matrices o modelos explicativos e incluso su título) encuentran allí su explicación.¹

Freud en las Pampas se propone, ahora frente a un nuevo y más amplio público, abordar y resolver un problema que se plantea bajo la forma de dos preguntas a responder: “¿Cuáles son los factores culturales, sociales y políticos presentes en el desarrollo histórico de la Argentina que permitieron –o más bien podríamos decir promovieron– la difusión masiva del psicoanálisis en el país? y ¿Qué hay en el psicoanálisis que lo hizo tan atractivo a la sociedad argentina?” Este objetivo, que desde la perspectiva de H. R. Jauss podríamos concebir como una

¹ Un ejemplo es el recurso a un modelo explicativo que, al menos en la producción local en el ámbito de la historia de las ideas y de los escasísimos estudios de recepción, es muy poco común: el de las diferencias de género, presentadas bajo la forma de una antinomia entre masculino-femenino, que funciona como análoga de actividad-pasividad, fortaleza-debilidad, dominante-dominado.

reconstrucción del “horizonte de expectativas”, justifica el notable esfuerzo que Plotkin empeña en alcanzarlo. En este sentido, son sumamente ilustrativos los contrastes comparativos que se introducen a lo largo del libro en relación con los avatares de la obra freudiana en otras latitudes, en algunos casos muy próximas como es el caso del Brasil y del Perú y en otros casos más alejadas como son los casos de Francia o los Estados Unidos.

Sin embargo, estimo que la definición misma del uso que Plotkin le imprime al término “psicoanálisis” exige quizá una mayor claridad y precisión. La distinción entre *movimiento psicoanalítico* –que refiere a la dimensión disciplinar e institucional– y *cultura psicoanalítica* –que apunta al impacto de la obra de Freud en el amplio ámbito de la cultura y la vida cotidiana de una sociedad– no es suficiente para resolver un problema que deriva de la dificultad misma de circunscribir y delimitar un signifiante que parece recubrir múltiples significaciones. En este sentido, quizá hubiera sido más acertada y consecuente con el título del libro definir el área en el que se desarrolla la empresa que Plotkin emprende a lo largo del volumen a partir de un término como “freudismo”, es decir el efecto que produjo la obra de Freud en los diversos ámbitos o campos donde fue recibida o utilizada, el cual adquiere sus particulares características a partir del *quién*, del *dónde* y/o *cuándo* tiene lugar. El “psicoanálisis”, entendido en el sentido en que el propio Freud le otorga a estos términos (ya sea como teoría, terapia e

investigación o como “movimiento”) constituiría entonces un aspecto parcial y particular, que incluso puede estar ausente, pero que no por ello debe ser considerado secundario o accesorio en cualquier estudio de recepción del freudismo.

Tampoco es demasiado precisa y exigiría una mayor claridad expositiva la alternativa propuesta por el autor frente al “acento que Vezzetti coloca en el modo compartimentado que adquirió la recepción del psicoanálisis”, a la idea de que “esta recepción se produjo en diferentes áreas culturales y no respondió a la lógica de un sistema”, lo cual implicaría un empobrecimiento del análisis. La figura de “un fenómeno complejo que ocurre en diferentes momentos y en intensidades diversas en una pluralidad de niveles” que permitiría entender “la asimilación por parte de una sociedad de un nuevo sistema de pensamiento [...] en su profunda dimensión cultural” no es del todo nítida ¿En qué consiste la complejidad de este fenómeno que se plantea como único pero que incluye a su vez lo diferente y lo diverso? ¿Cómo se deben entender sus “intensidades” y sobre la base de qué parámetros se cuantifican y comparan en su diversidad? Es posible, sin embargo, relativizar estas observaciones y dudas planteadas y encontrar una respuesta en los restantes capítulos que conforman el libro.

En el primer capítulo se circunscriben tres momentos en la recepción de la obra de Freud por parte de los círculos médico-psiquiátricos en las

primeras décadas del siglo XX así como su impacto, por un lado, en la élite cultural y, por el otro, en la cultura popular, a partir de publicaciones de índole diversa: *Nosotros y Sur* en el primer caso y *El Hogar, Crítica y Jornada* en el segundo. En otras palabras, se trata aquí del itinerario que siguió la obra de Freud en nuestro país en los años previos a la fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina y la institucionalización del psicoanálisis en el ámbito local, acontecimiento que será objeto del siguiente apartado de *Freud en las Pampas*.

En efecto, el capítulo II se propone indagar el camino que llevó a un reducido número de sujetos, cada uno con una biografía particular, a conformar un informal grupo de lectura y estudio de la obra de Freud y, poco después, a fundar la filial autóctona de la International Psychoanalytical Association y al consecuente inicio del desarrollo de un “movimiento psicoanalítico” en la Argentina a partir de 1942. Por supuesto que este camino es debidamente enmarcado por Plotkin en relación con los avatares sociopolíticos y culturales de la Argentina de los años 1930-1940: las demandas preexistentes frente a las cuales se funda la institución psicoanalítica, las tácticas a partir de las cuales fue construyendo su imagen, consiguiendo un lugar entre las profesiones o especialidades ya establecidas y expandiendo su influencia en el marco de una creciente polarización política en la sociedad argentina entre las décadas de 1930 y 1950.

El tercer capítulo se ocupa fundamentalmente del

fenómeno conocido como el *boom psicoanalítico* de la década de 1960 desde un enfoque multidimensional (aspectos políticos, culturales, sociales y económicos) que permite apreciarlo como producto de una articulación de fenómenos provenientes de diversas esferas que cooperaron para que la difusión del psicoanálisis adquiriera dimensiones inéditas en relación tanto con la anterior recepción del freudismo en nuestro país como con la recepción del freudismo en otras latitudes.

A manera de complemento de lo anterior, el siguiente capítulo está dedicado a figuras y publicaciones que tuvieron una participación fundamental en la difusión del psicoanálisis por fuera de las fronteras de la Asociación Psicoanalítica Argentina en el marco de las veloces transformaciones políticas y culturales que tuvieron lugar en la década de 1960. A partir de la revisión crítica tanto de la trayectoria de Marie Langer, de sus trabajos dedicados a la maternidad y su trabajo sobre el mito del niño asado, como de los trabajos de Arnaldo Rascovsky sobre el filicidio, Plotkin se propone mostrar la “particular combinación de modernidad y tradición” presente en ellos bajo la forma de un abordaje de estos tópicos con novedosas herramientas, con un nuevo lenguaje, pero sin por ello introducir una crítica radical de los valores tradicionales. El autor se ocupa también en este apartado de la irradiante producción de Enrique Pichón-Rivière, cuyo amplio espectro de ámbitos y temáticas (la psiquiatría, el psicoanálisis, la

psicología social, crítica de arte y crítica literaria, sus intervenciones en espacios públicos y privados desde la denominada “Operación Rosario” hasta la Escuela de Psiquiatría Social) permite caracterizar su importante aporte a la conformación y expansión de una cultura “psi” en la Argentina.

Junto a estas figuras procedentes del seno mismo de la APA, Plotkin introduce la referencia a las producciones de Florencio Escardó y Eva Giberti y su papel fundamental en la “popularización del discurso psicoanalítico” a partir de la vasta difusión que conocerán, a partir de sus incursiones en los medios masivos de comunicación y de su *Escuela para padres*, sus intervenciones en la crianza de los hijos. A su vez, el autor destaca el lugar ocupado por temáticas “psi” en publicaciones dirigidas a un público masivo y/o femenino como *Claudia*, *Nuestro Hijos* y *Gente* así como el caso de películas como *Sexoanálisis* y *Los sexoanalizados* y, fundamentalmente, de la influyente revista *Primera Plana*.

En el quinto capítulo se aborda la intersección entre psicoanálisis y psiquiatría a partir de la década de 1950. La remodelación del campo psiquiátrico, la creación –en el marco de las políticas desarrollistas de fines de esa década– del Instituto Nacional de Salud Mental, el surgimiento de nuevos foros de debate (*Revista Latinoamericana de Psiquiatría* y *Acta Psiquiátrica*), la radicalización del campo psiquiátrico a partir de mediados de la década de 1960,

la inserción del psicoanálisis en los centros de salud públicos, fundamentalmente a partir del caso conocido como “el Lanús”, se presentan como hitos que permiten a Plotkin ilustrar las áreas de cruce entre psiquiatras y psicoanalistas que a partir de mediados de los años 1970 sufrirá el violento embate de las políticas de los gobiernos de turno.

“Los psicólogos aparecen en escena” es el título del capítulo que se ubica en el marco del proceso de modernización o *aggiornamento* cultural que, hacia fines de la década de 1950, impulsa la creación de la carrera de psicología en el seno de diversas universidades nacionales y la consecuente aparición del psicólogo profesional. En este sentido, Plotkin destaca los conflictos que se entablan entre las primeras camadas de psicólogos y los psiquiatras, así como la compleja relación que se establece entre los psicoanalistas, que ocuparon la titularidad de varias cátedras en las carreras de psicología de diversas universidades, y los psicólogos (legalmente inhabilitados para ejercer cualquier forma de psicoterapia pero que no por ello dejaron de mostrar un marcado interés por el psicoanálisis y por intervenir en el ámbito clínico). Para ilustrar estos conflictivos y complejos vínculos, Plotkin acude a una matriz explicativa a la cual ya hice referencia anteriormente, que pone especial énfasis en las diferencias de género y que se presenta bajo fórmulas como: “el hecho de que los psicólogos fueran predominantemente mujeres y los psicoanalistas en su mayoría hombres fomentó la

posición de subordinación que los psicólogos ocuparon dentro de las profesiones ‘psi’” o “la conformación del alumnado fue cambiando y se fueron graduando más psicólogos hombres [...] [y] asumieron una actitud más activa para desafiar el estatus de subordinación en el que se encontraban”. Sin rechazar estas interpretaciones, que se apoyan en datos fácilmente corroborables, quizás sea necesario matizarlas más explícitamente ya que son presentadas de tal manera que la explicación del fenómeno en cuestión parece reducirse –a pesar de las referencias a otras variables en juego– a una simple “lucha de los sexos” y, en todo caso, cabría preguntarse cómo se justificaría desde esta matriz la relevancia y la hegemonía de Melanie Klein entre los psicoanalistas hasta fines de la década de 1960.

Finalmente se destacan las características de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA), fundada en 1962, a partir de un certero contraste con las características de la Asociación Psicoanalítica y del giro en su relación con la Federación Argentina de Psiquiatras que llevará a la conformación, hacia comienzos de la década de 1970, de la Coordinadora de Trabajadores de la Salud Mental y el trabajo conjunto en el Centro de Docencia e Investigación.

Los tres últimos capítulos son, a mi juicio, los más interesantes y originales de este volumen, en tanto abordan temáticas que hasta el momento no han sido sino escasas y superficialmente exploradas.

Éste es el caso, por ejemplo, de la relación entre freudismo y nueva izquierda en la década

de 1960 en la Argentina, presentada en el capítulo siete de *Freud en las Pampas*. A partir de la consideración de la producción freudiana por parte del Partido Comunista, de la problemática del peronismo y del frondizismo se plantea la idea de una “crisis de identidad” por parte de un amplio sector de jóvenes intelectuales que comienzan a considerar la doctrina freudiana no sólo como un recurso terapéutico (véase el caso del *Movimiento de Liberación Nacional* y la psicoterapia con alucinógenos de Alberto Fontana), sino también como herramienta teórica para el análisis de la sociedad. Los casos de José Bleger, León Rozitchner y Oscar Masotta se presentan como figuras representativas de esta utilización del psicoanálisis como “artillería teórica” de la nueva izquierda argentina.

La caracterización de Bleger, a quien ya se había referido en el apartado anterior en su carácter de profesor universitario en la carrera de Psicología, gira esencialmente alrededor de su libro *Psicoanálisis y dialéctica materialista* (1958). Es decir, de un Bleger a la vez militante del Partido Comunista Argentino y miembro de la APA que se propone emprender una revisión epistemológica del psicoanálisis (definido como una psicología) a la luz de la dialéctica materialista, tomando como modelo los hasta ese entonces poco difundidos escritos psicológicos de George Politzer. Si bien este proyecto recibirá un silencio casi unánime por parte de los psicoanalistas y el rechazo por parte del PCA, de cuyo seno es

expulsado pocos años después, no acuerdo con la afirmación de que “el proyecto de Bleger de una nueva psicología fue tan poco exitoso como lo había sido el de Politzer”. Basta con rastrear el impacto de su enseñanza en las primeras generaciones de psicólogos profesionales, revisar producciones como *Psicología de la conducta* (1963) o *Psicohigiene y psicología institucional* (1966) para poder al menos equilibrar el balance negativo propuesto por el autor.

En el caso de Rozitchner, que también ejerció la docencia en la carrera de Psicología (UBA) dictando durante más de dos años un seminario bajo el título “Freud y Marx”, Plotkin se propone destacar la particular lectura de la producción freudiana presente en *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972), la cual se enfoca principalmente en lo que Rozitchner denomina como los “escritos sociales” del psicoanalista vienés: *Psicología de las masas y análisis del yo* y *El malestar en la cultura*.

Por último, se ocupa del “primer Masotta”, que encontraba en el existencialismo francés la fuente teórica e ideológica para su producción. La reflexión de Plotkin se apoya esencialmente en “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de filosofía” (1965) en el cual su interés por la obra del psicoanalista francés –contemporáneo de sus incursiones en el ámbito de la crítica literaria, su producción ligada con la estética y los medios de comunicación– se fundamenta en la “Question de methode” sartreana que coloca

al psicoanálisis como una teoría de la subjetividad que puede revitalizar el esclerosado marxismo ortodoxo de los intelectuales del Partido Comunista.

El penúltimo capítulo se ocupa de la ubicación del psicoanálisis en el marco del proceso de radicalización del campo cultural e intelectual, claramente apreciable a partir de mediados de la década de 1960. Encontramos aquí dos objetos centrales de indagación: la “politización” del psicoanálisis (a partir de la conformación de *Plataforma y Documento* en el seno mismo de la APA, a la cual renunciarán poco tiempo después por motivos exclusivamente políticos) y el surgimiento y la expansión del lacanismo (impulsado principalmente por Oscar Masotta, hacia comienzos de la década de 1970).

Muy acertadamente, Plotkin nos conduce por los acontecimientos (el peronismo, la revolución cubana, la intervención universitaria y el Cordobazo entre otros) que irán delineando las particulares características que adquirirá en nuestro país ese pasaje que va, como afirma Beatriz Sarlo, de las soluciones reformistas a las propuestas revolucionarias, y a su vez la forma particular que este recorrido adquiere en el ámbito “psi”. Por ejemplo, en la primera de las dos Mesas Redondas que, bajo el título “Ideología y Psicología concreta”, tienen lugar en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en 1965, es posible apreciar claramente el contraste entre dos posiciones (Bleger y Pichón-Rivière por un lado y Rozitchner y Caparrós por otro) que conciben de formas

totalmente opuestas la teoría y, principalmente, la práctica del psicólogo. La tensión entre la especificidad científica o su subordinación a la militancia política actúan allí como polos irreconciliables cuyo conflicto no hará más que agudizarse con el transcurso de los años siguientes.

En el caso específico de la APA, Plotkin ubica el surgimiento de los grupos *Plataforma* y *Documento* hacia fines de los años sesenta en el marco de “una combinación de acontecimientos locales e internacionales” y expone las consecuencias de su separación de la Asociación Psicoanalítica tanto en la institución misma como en los medios y la sociedad en general, en tanto termina de resquebrajar su hegemonía y su legitimidad en lo que se refiere a la formación de los psicoanalistas. Esta breve pero ruidosa y publicitada experiencia recibirá severas críticas muy poco tiempo después de iniciada, las cuales son presentadas por el autor a partir de los cruces entre artículos de figuras como Hernán Kesselman, Antonio Caparrós, Roberto Harari y Germán García en revistas como *Los Libros* y *Nuevo Hombre*.

En el caso de la introducción y difusión del lacanismo y de su particular lectura de la obra de Freud en nuestro país, Plotkin se sitúa explícitamente por fuera de las hasta el momento estériles polémicas en torno de su neutralidad política y su “sospechosa” propagación a lo largo de la década de 1970, en el marco del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Junto con la

consideración de Oscar Masotta como una figura fundamental, Plotkin ilumina otras áreas en las que la obra del psicoanalista francés era objeto de interés a través, por ejemplo, del “Freud y Lacan” de Louis Althusser, y en el impacto del lacanismo por fuera del ámbito estrictamente psicoanalítico a partir de la convergencia entre literatura y psicoanálisis presente en Grupo Cero y, principalmente, en la revista *Literal*, dirigida por Germán García.

A modo de cierre, en las “Conclusiones” se aborda la relación del psicoanálisis con la infame dictadura que gobernó la Argentina entre 1976 y 1983. El repliegue de la intervención “psi” hacia el ámbito de lo individual y privado, la desaparición o el obligado exilio de numerosos psicólogos y psicoanalistas, la intervención de la carrera de Psicología y los casos de psicoanalistas aliados a los regímenes represores son algunos de los tópicos expuestos en un campo de investigación en el cual aún falta muchísimo por explorar. En todo caso, es importante destacar que Plotkin pone aquí de relieve una cuestión fundamental: los múltiples posibles usos del psicoanálisis, la “elasticidad” del vocabulario freudiano.

¿Qué nos enseña la experiencia del Proceso acerca de la práctica del psicoanálisis en una atmósfera de represión política? Desde los tiempos de Freud se ha dicho en innumerables oportunidades que es necesario un contexto que garantice cierta libertad política y social para el ejercicio del psicoanálisis [...]. Sin embargo, el desarrollo histórico del psicoanálisis en el mundo demuestra que éste

puede ser manipulado en pos de propósitos muy diversos. [...] A fines de los setenta y principios de los ochenta [...] los militares argentinos usaron algunos aspectos del sistema psicoanalítico para legitimar sus prácticas al tiempo que suprimían otras partes de él (p. 337).

Más allá de las consideraciones u observaciones esbozadas a partir de este recorrido por

algunos de los tópicos desarrollados en este volumen, es necesario afirmar que cualquier lector interesado en los avatares de la obra freudiana en nuestro país encontrará en *Freud en las Pampas* un mapa con las referencias y los hitos fundamentales para informarse respecto de la recepción del psicoanálisis en la Argentina a lo largo del siglo XX. En este

sentido, estimo que este libro puede transformarse en un valioso punto de referencia para cualquier futura indagación de la historia del psicoanálisis, de la psicología e incluso de la psiquiatría en nuestro país.

Hernán Scholten
UBA